

DOSSIER

Repensar la conquista. Balance de un trabajo colectivo¹

Guy Rozat Dupeyron²

En este pequeño texto les contaré brevemente los avances del seminario “Repensar la conquista” que dirijo en el INAH en Veracruz. Aunque me parece difícil relatarles todo lo que se ha adelantado en los últimos 15 años del Seminario, sí puedo decirles que el último contó con 33 ponentes. Los que estén particularmente interesados en este trabajo podrán encontrar muchos de nuestros textos y libros en el blog: [guyrozatrepensarlaconquista](#), donde todo es de acceso libre. Si insisto en este acto de autopromoción es porque nuestro trabajo lo necesita, ya que durante años hemos tenido muchas dificultades para publicar las investigaciones. La razón la entenderán, supongo, con el desarrollo de nuestras ponencias de hoy. Estoy seguro que las ponencias de los compañeros y compañeras del Seminario les permitirán entender la naturaleza del trabajo historiográfico que hemos desarrollado colectivamente. Así que lo que ahora me toca es hacer la introducción.

Empiezo. Si ustedes hoy se sintieran mal, muy mal, o alguien de su familia sintiera terribles dolores en el abdomen, no acudirían en primer lugar, o eso espero por el bien de ustedes, con un señor que les recetara polvo de excremento de zorro o de perro, pócimas de raíces extrañas y de flores exóticas. Frente a estos dolores crónicos, a la aparición de bolas que pudieran ustedes imaginar, a pesar de sus pocos conocimientos en tumores, creo que intentarían utilizar los últimos adelantos de la tecnología médica. Pedirían un estudio en escáner, pasar por IRM (imagen de resonancia magnética), o cualquiera de los últimos métodos de análisis.

Para la historia, y particularmente para la historia de la conquista, es la misma cosa. ¿Por qué quedarse con un relato arcaico elaborado hace cinco siglos? ¿Por qué seguir fielmente, o más o menos fielmente, a la vulgata que elaboró Hernán Cortés, el conquistador, en sus *Cartas de relación* y que fue retomada de manera muy temprana por un gran erudito, como Fray Bernardino de Sahagún, en el libro XII de su famosa enciclopedia americana *Las cosas de la Nueva España*? Y no citaré aquí la infinidad de continuadores de estos autores que durante siglos retomaron sin cesar la glosa original.

No entraremos en el análisis de que el discurso nacionalista mexicano del siglo XX, por extraño que parezca, tomara directamente su fuente de dos autores extranjeros. Claro, no tan extranjeros, me dirán, ya que fueron los “creadores”, o los que impusieron esta idea que fue la Nueva España. Una Nueva España que sirvió de base a la concepción historiográfica de México.

¹ Quinto centenario de la Conquista. Sesión del 26/04/2019, Cholula, Puebla

² Dr. Guy Rozat, profesor-investigador de Tiempo Completo en el INAH-Centro Veracruz

Muchos historiógrafos se olvidan de pensar lo que fue la escritura de estas dos obras, y de muchas otras. Se trató antes que todo de escribir un mito de fundamento cristiano e hispano. Y evidentemente después fue muy difícil, aunque la colonia pretendió emanciparse políticamente de la madre patria, repensar la naturaleza de lo fundamental que había ocurrido a través de la elaboración y aceptación de estos textos fundantes.

Tampoco insistiré mucho en la naturaleza de esta larga serie de contiendas que constituyen lo que muchos de mis colegas llaman “la Independencia”. Sólo se podría recordar, en pocas palabras, que fue un grupo de españoles peninsulares quienes pactaron con otros españoles el fin de una guerra que no llevaba prácticamente a nada sino a pura destrucción. Al punto que, una vez proclamada la liberación, los espíritus más lúcidos se dieron cuenta de que todo quedaba aún por hacerse para crear la verdadera independencia y una nueva nación.

De ahí las ambigüedades que durante décadas siguieron en las interpretaciones de la gran gesta de la conquista. Una gesta que llegó en el siglo XXI a molestar al punto que la nueva gran historia de México, editada por el Colegio de México en el año 2000, cuna de nuestra ciencia historiográfica, sencillamente la desapareció. Evidentemente no podemos decir que nuestros colegas editando así ese texto truncado eran unos ignorantes, pero si sintieron esa necesidad algo sacrílega, fue porque la conquista se había vuelto indecible, por lo menos en términos de una historia científica, laica y nacional. Pero haciendo esto, dejaron el paso libre a una visión revisionista clerical y colonialista.

Es así como hoy dominan aún el relato de estos eventos dramáticos, presagios, profecías, prodigios, milagros y apariciones de santos cabalgando, como el antiguo Santiago Matamoros, contra las huestes demoniacas americanas.

Supongo que muchos de ustedes han leído, o les han recetado de todas las maneras posibles, un pequeño libro llamado *la Visión de los vencidos* con el cual, pretende su autor (o mejor dicho compilador



ya que aspira solo a este papel histórico), haber encontrado en esas páginas medio olvidadas de las crónicas de la conquista, una “antigua palabra” que habría sido emitida por los propios indios vencidos y que hasta para él habría pasado desapercibida. Ese truco de magia se apoyaba en la vieja idea de que la historia la escriben los vencedores, y por lo tanto, que buscar y encontrar la manera cómo los indios vencidos vieron el fin de su cultura, era una tarea sumamente gloriosa y gratificante. Pero, sobre todo, permitió a su autor hacer escapar su obra de todo intento de crítica historiográfica.

Así se intentó imponer esa idea simplista de que los indios vivían, como muchos primitivos, en una visión arcaica, con una mentalidad prelógica y que, viendo cosas extrañas en el cielo, o en la naturaleza, recordando antiguas profecías, fueron finalmente paralizados y confesaron su impotencia frente a la potencia del espíritu y de las armas de los invasores.

Efectivamente, si ustedes leen con cuidado estos textos del siglo XVI, podrán encontrar que hay elementos fundamentales de una historiografía teológica, en la cual Dios interviene para ayudar a los hombres en la historia, a fin de que encuentren el camino de la salvación. Y van a encontrar estos temas de manera extraordinaria en los textos de la conquista de América, si ustedes consideran de dónde provenían estos desgraciados pueblos, según sus autores.

Para sus vencedores, evangelizadores o militares, no había otra cosa en toda América que huestes demoniacas. El padre Ribas, al cual dediqué un librito, considerará en su crónica que los indios del septentrión de la Nueva España que le tocara evangelizar, eran realmente “los más bárbaros del orbe”.

La entrega del imperio

Pero regresemos al punto de origen, a la idea fundante cuando Cortés pretendió que el tlatoani Motecuhzoma le entregase su imperio. Supongo que todos ustedes han oído hablar de esa fábula. Llegó Cortés y el máximo jefe mexica está ansioso, espera entregarle un trono que pretende ocupaban sus ancestros desde la marcha del glorioso Quetzalcóatl. En las arengas que se supone pronunció, una vez recibido con honores el invasor, no hay ninguna duda. El tlatoani le asegura que su imperio no es suyo, su poder es transitorio, y que debe ser entregado sin demora al que supone es el representante del antiguo dios que mencionaban supuestas profecías antiguas. De ahí la importancia de insistir en estos textos sobre la asimilación de Cortés con ese personaje divino. Todas las críticas durante siglos no lograrán aclarar este problema, porque lo más importante no es que Cortés haya sido considerado o no como dios, sino que esta fábula vuelve “lógica” la entrega del imperio y en esta traslación se funda el imperio español sobre estas tierras. Es por eso que, pocos años después, el buen Sahagún recupera y desarrolla esa entrega como el momento clave de la conquista.

Así Motecuhzoma entrega su imperio. Pero si lo pensamos bien lo importante no es tanto que haya entregado el imperio, sino que Cortés puede pretender ahora que sí lo hizo y, por lo tanto, desde ese momento él, Cortés, puede ser considera-

do como el dueño legítimo de este imperio. Y a través de él se puede pensar que estas tierras en vías de ser conquistadas ya son parte ahora del imperio español y cristiano.

Pero ¿por qué puede utilizar esta figura retórica nuestro valiente Cortés? Y si la utiliza, ¿por qué puede estar seguro de que será aceptada como verdadera? Podemos pensar que para justificar esa “mentirita”, que no es más que una de las tantas del conquistador, en un mensaje dirigido al poder hispano y la opinión pública de la corte, ya que sabe que estas cartas serán rápidamente difundidas, Cortés va a hurgar en la cultura militar occidental donde encontrará ejemplos famosos de otros conquistadores.

Cortés finalmente no es el primer conquistador de Indias. Recordemos que el estatuto “geográfico” de estas regiones todavía no está muy asegurado, estas Indias son revestidas de todas las maravillas que durante siglos se habían pretendido encontrar en las otras Indias, las orientales, las que fueron el teatro de la epopeya de Alejandro Magno, el ejemplo mismo del conquistador.

Y en estos textos que durante siglos nos relatan las hazañas de Alejandro, ¿qué vemos? Vemos a unos príncipes indios ansiosos por la presencia del heleno y que están sumamente deseosos de entregar, ellos también, su imperio. Incluso después de la dichosa entrega, el conquistador deja en su lugar a estos antiguos soberanos, él asegurando un supremo poder por encima de éstos pequeños reinos.

Así, si podemos considerar la entrega del imperio como una mentira piadosa que Cortés “se saca de la manga”, también debemos tomar con el mismo espíritu crítico los discursos que la acompañan y también el desenvolvimiento de los protagonistas de esta maravillosa escena. Por ello, no podemos apoyarnos sobre la descripción de la actuación del tlatoani para intentar reconstruir quién era él, cuál era su poder real, etcétera, y podemos razonablemente dudar de que Motecuhzoma jamás haya tenido el poder de entregar un imperio y, aún más allá, podemos dudar que haya existido un tal imperio.

Sé que ahora muchos de ustedes van a empezar a pensar que estamos exagerando y que dudar del imperio es ir demasiado lejos. Pero para nosotros es evidente que la casi imposibilidad de los historiadores durante siglos de pensar de manera clara este imperio proviene de este malentendido original. Creo que aquí dejaremos este punto porque nos llevaría demasiado lejos para una pequeña intervención de 20 minutos. Pero se los regalo para sus insomnios nocturnos.

Solo podemos apuntar que, el retrato de Motecuhzoma como sus exaltadas saluciones, auguran la construcción de un imaginario en el cual ese personaje toma un papel relevante. Pero podemos preguntar ahora ¿qué tienen de históricos estos elementos que nos construyen un relato bipolar? Por una parte, en estos textos del siglo XVI, Motecuhzoma es gran guerrero, gran administrador, ferviente devoto, es decir, que es el ejemplo mismo de lo que debe ser un rey cristiano, y lo es al punto de que Dios, queriendo la conversión de estas tierras, lo escoge como su mediador. Él es el que ve los presagios y sabe interpretarlos. Un tiempo incluso quiere esconderse frente a la tarea gigantesca que le es impuesta, como Cristo en



Getse-
que pide
padre ser li-
su destino pero fi-

su destino. Motecuhzoma será el último rey de los ídolos y el que debe allanar la ruta para la llegada del nuevo dios.

En los textos del XVI no hay duda sobre su papel protagónico. Es solo siglos después con la aparición de una historia nacional que ese personaje va a ir apareciendo como cobarde, mocho, indeciso, temeroso, supersticioso, etcétera, es decir, que se va a construir la imagen de un emperador en el cual los mexicanos no se van a reconocer y le achacarán el papel del incapaz que jamás supo entender lo que ocurría.

Cierto, algunos autores, a lo mejor algunos que nos precedieron en esta serie de eventos, les contaron que todo esto provenía de que Motecuhzoma, así como sus sujetos, vivían en una mentalidad mágica, prelógica y que sus reacciones sólo

maní
a su
berado de
nalmente acepta

podían ser primitivas e ineficientes. Pero esto sólo es interpretación de la modernidad revisando textos que tampoco tienen fundamentos de verdad, ya que los textos del siglo XVI y XVII no estaban contruidos sobre una idea de verdad como la que entendemos hoy, sino sobre ejemplos morales como los aleccionaban los evangelizadores.

Para la lógica de la historiografía sacra la destrucción de la capital azteca, Tenochtitlán, ya ocurrida en la realidad, era también absolutamente necesaria en el orden simbólico y terrenal. De la misma manera que la destrucción de Jerusalén había sido necesaria para marcar el fin de un mundo, el fin del mundo del Antiguo Testamento, la de Tenochtitlán es la marca visible en el tiempo de los hombres de la Nueva Alianza de Dios con el nuevo pueblo cristiano americano.

A través del fin de Tenochtitlán, los pueblos americanos se integran finalmente, aunque sea poco tiempo antes del fin de los tiempos, al destino común, a la promesa cristiana y a la posibilidad de la salvación. Así, no debemos extrañarnos de que existieran en la historiografía sacra muchos puntos en común entre los relatos de destrucción de Jerusalén y Tenochtitlán, como por ejemplo, que Flavio Josefo escribiendo su *Historia de los judíos*, se siente obligado a reportar una serie de presagios, prodigios y profecías en los cuales los judíos, sitiados por los romanos, no quisieron ver los mensajes de su dios que les anunciaba su perdición.

Pero ya es tiempo de concluir y prefiero guardar tiempo para las discusiones. En resumen, podemos decir que lo que falla hoy para poder elaborar una nueva historia de la conquista que no sea solo esa caricatura un tanto grotesca que se nos presenta desde hace cinco siglos, es un intento global de relectura de fuentes, pensando en su lógica de composición y las formas de comunicación que inauguran. En este sentido no podemos leer las *Cartas de relación* como reportes militares, ni a Sahagún como el primer antropólogo, como tampoco nos ayudará pensar a las Casas como un autor anticolonial.

Debemos colocar los textos de los siglos XVI y XVII en la lógica teológica que fue su matriz de composición y que permitía a sus lectores entender el sentido que los autores habían intentado transmitirles. Esto no es sencillo: insertarse en ese mundo lejano y desconocido del siglo XVI sólo se puede lograr con mucho trabajo y erudición, un tipo de tarea que hoy no está muy de moda. b>

Acomodos y reacomodos en el relato de la matanza de Cholula

Marialba Pastor¹

Al leer y trabajar con las crónicas del siglo XVI de la Conquista de México (civiles y de evangelización) es necesario tener en mente a sus receptores: por un lado al rey de España, sus consejeros y funcionarios, y por otro lado, al Papa, la curia romana y el clero castellano, en particular los franciscanos y dominicos reformados; casi todos ellos personas letradas con estudios de teología y jurisprudencia. No es posible ignorarlos, porque dichas crónicas están acomodadas para lograr la aprobación de estos grupos sociales.

Mientras las crónicas de los conquistadores y sus adherentes justifican sus conductas, realzan los peligros, las hazañas y los servicios a la Corona y a la cristiandad, las crónicas de los frailes denuncian la violencia excesiva y los trabajos extenuantes a los que los soldados y encomenderos someten a los indios. Ni los escritos de unos (del llamado “partido de los encomenderos”) ni los escritos de otros (del llamado “partido de los evangelizadores”) pueden considerarse testimonios directos de la realidad pasada sino textos que, para acomodarse a las circunstancias, recurren a la exageración, la invención, la tergiversación, los silencios, los mitos y las falsedades; sin que esto signifique la ausencia total de referencias a lo ocurrido. La publicación de la mayor parte de estos textos se prohibió durante la época colonial por cultivar sueños de autonomía o independencia de las instituciones monárquico-católicas, e imágenes inconvenientes sobre los indios (los nuevos cristianos y vasallos del rey), sus pecados y las inhumanas y crueles formas empleadas para su sometimiento.

En este artículo comparo los primeros testimonios sobre la matanza de Cholula (un episodio crucial en los relatos de la Conquista de México) a fin de destacar cómo los cambios y las variaciones registradas cronológicamente en ellos responden más al interés de arreglar las inconsistencias y corregir las incongruencias para garantizar los honores y las mercedes esperados por los conquistadores, que al interés de describir “la verdad de lo acaecido” o aportar algo nuevo; ello, en el marco de las presiones del clero regular para que la monarquía modifique su política indiana, contenidas principalmente en las Leyes de Burgos, en el proyecto ideado por Francisco Jiménez de Cisneros y Bartolomé de Las Casas (1515-1516) y en las Controversias de Valladolid (1550-1551).

¹ Marialba Pastor, profesora e investigadora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Inconsistencias cortesianas en lo ocurrido en Cholula

Cuando en su relato de la Conquista de México, *Hernán Cortés* llega al tema de Cholula, ya le ha advertido varias veces al rey de España que a menudo cruza las informaciones proporcionadas por unos y otros indios para conocer sus intenciones. Y ya le ha dado a conocer también su afán por superar cualquier obstáculo a su meta principal que es: someter a los pueblos que tope en su camino a Tenochtitlan para conseguirle —según dice— grandes riquezas. Tras algunas negociaciones y amenazas, así como al envío de un mandamiento firmado por él y su escribano a los señores principales de Cholula, consigue —siempre según él— que casi todos ellos lo vayan a visitar a Tlaxcala y se ofrezcan como eternos vasallos de su majestad. Los tlaxcaltecas —quienes son enemigos de los cholultecas, por ser servidores de Moctezuma— se han vuelto amigos de los españoles y advierten a Cortés una posible traición. A pesar de eso, Cortés no cambia sus planes² y cinco o seis mil guerreros tlaxcaltecas lo secundan; para no entrar de noche, todos duermen a la orilla de un arroyo. A la mañana siguiente los sacerdotes cholultecas de las “mezquitas” se acercan a ellos con trompetas, atabales y cantos religiosos para acompañarlos en su entrada triunfal a la urbe.

En realidad, Cholula no era una ciudad de tipo medieval como la descrita por Cortés sino un gran centro ceremonial, por consiguiente, sagrado, rodeado de seis “cabeceras” con sus propios gobiernos sacerdotales.³ Además, seguramente, las cosas ocurrieron de otra forma: los cholultecas no pudieron leer la misiva, si es cierto que Cortés la envió, y resulta dudable que entraran a la urbe tlaxcalteca (“la cueva del lobo”) a visitar a unos extraños. Del lado tlaxcalteca también surgen preguntas: ¿se convirtieron en “fieles amigos” de los españoles en tres semanas? O, como era común en las Cruzadas y guerras medievales europeas, ¿los españoles mataron a sus señores principales y los sobrevivientes fueron reclutados por la fuerza? Al respecto vale la pena recordar que Cortés no llama aliados a los tlaxcaltecas —como sí lo hace la historiografía posterior— sino “amigos”, ya que, en este momento, el concepto de alianza en España implica compartir códigos culturales comunes.

En Cholula sus señores principales dan aposento a sus visitantes, pero les proveen cada día menos alimentos —según afirma el capitán general. En eso, una cholulteca le informa a la lengua india de Potonchán (Cortés no la llama Marina y, después, ni en esta segunda carta ni en la tercera la volverá a mencionar: una inconsistencia grave que otras crónicas tendrán que corregir), que han sacado a las mujeres y sus hijos de la ciudad, y miles de hombres de Moctezuma acechan para matar a los españoles. La lengua se lo comunica a Gerónimo de Aguilar (la otra lengua), y éste a Cortés, quien, como acostumbra hacer, interroga a otro indio (no sabemos en qué lengua) y lo confirma. Ante la

² Cortés, Hernán, *Cartas de Relación*, Porrúa, México, 1985, p. 43

³ Tal como lo infiere George Kubler de los mapas analizados en su artículo “Traza colonial de Cholula”, pp. 2-30, *Estudios de Historia Novohispana*, 2, 1967.

evidencia de una próxima agresión, el capitán extremeño llama a los señores principales cholultecas, los introduce en una sala y los manda amarrar: les ha tendido una trampa. Cortés cabalga, dispara su escopeta en señal de ataque y, en pocas horas, mueren “más de tres mil hombres”. Además, ordena que algunas torres y casas fuertes, desde donde los lugareños se defienden y ofenden, sean incendiadas. Con la ayuda de los cinco mil tlaxcaltecas y los cuatrocientos zempoaltecas que lo apoyan, echa afuera a toda la gente de la ciudad.⁴ El conquistador llama la atención acerca de la cantidad de personas que se congregan en la urbe, pero en los números no es posible poner atención ya que en este relato y otros posteriores, según la tradición medieval, los cálculos no son el resultado de una operación aritmética sino que se obtienen “a bulto”, “a ojo de buen cubero” y conveniencia. De ahí que continuamente exagere la cantidad de los enemigos.

Hasta aquí sorprenden varios asuntos: que Cortés no explique dónde estaban o qué hacían sus capitanes generales; que tuviera a la mano a su caballo, y que los cholultecas se reunieran y organizaran tan rápido, si procedían de “cabeceras” o parcialidades distintas, y que lo hubieran dejado entrar a su centro sagrado con zempoaltecas y con sus enemigos tlaxcaltecas.

Tras la matanza, Cortés dice que los vencidos le aclararon que ellos no fueron los culpables de la traición sino los malvados servidores de Moctezuma. Le piden perdón y se comprometen al retorno de sus mujeres y niños.⁵ El capitán reitera en sus *Cartas* la costumbre indígena de confesar, reconocer la culpa, arrepentirse y pedir perdón, algo que difícilmente pasa, porque estos son sentimientos y manifestaciones propios de la religiosidad judeocristiana. Otras inconsistencias más: al día siguiente de la masacre, la ciudad vuelve a poblarse como si nada hubiera acaecido, y en quince o veinte días Cortés logra que los de Cholula y los de Tlaxcala retornen a ser amigos. Él afirma que “lo solían ser antes”, pero no es claro cuándo es “antes”, si en páginas anteriores ha sostenido que desde hacía cien años Tlaxcala era una especie de isla rodeada de enemigos. ¿O aquí también las cuentas fallan?

Lo anterior es una síntesis apretada de lo escrito por Hernán Cortés con relación a lo ocurrido en Cholula en octubre de 1519. Lo expuesto posteriormente en relaciones y crónicas de testigos oculares o presenciales de los hechos es lo mismo, los sucesos no cambian, tampoco su sucesión; aunque introducen frases y párrafos nuevos para justificar o reprobar las acciones de los conquistadores. Podemos compararlas y llegar a la conclusión de que en efecto la hueste de Cortés procedió con extrema crueldad al grado de exterminar a una parte o a casi toda la población cholulteca; al igual que las tropas invasoras de los caballeros cruzados y de la Reconquista de la península ibérica. Matanzas de herejes e infieles, pogromos de judíos, incendio de iglesias con familias cataras en su interior, y también masacres de judíos sefardíes por musulmanes en Granada, son sólo algunos casos que ilustran la manera de proceder en tiempos medievales.

⁴ Cortés, op. cit., pp. 44-45.

⁵ Ibid., p. 45.

Por eso, creer en la bondad de los conquistadores españoles o en su cordial y correcto proceder es tan ingenuo como creer que las poblaciones mesoamericanas acostumbradas a la guerra fueran “bondadosas” y se sometieran con facilidad.

El relato de la matanza muestra al rey de España la capacidad de la hueste cortesiana para conseguirle tierras, ciudades y vasallos de primera calidad, ya que su capitán general afirma que los ciudadanos que la habitan son honrados, visten mejor que los africanos, tienen buenos modales y son muy obedientes. Además, sus tierras son ricas en labranzas, aguas y baldíos, y su ciudad es hermosa y llana, con cuatrocientas treinta y tantas torres de mezquitas.

La violencia desplegada, avalada por la Corona española, se desprende de los mismos requerimientos e instrucciones que turna a los expedicionarios y conquistadores con los cuales deben dar a conocer a los indígenas el poder del monarca español, sus grandes posesiones, las recompensas que concede a quienes se someten⁶, y su decisión de hacerles la guerra en caso de desacato; lo cual no justifica la crueldad hacia quienes ignoran los requerimientos o no se han “pacificado”. En esta dirección, como es bien conocido, el maltrato de los antillanos había sido motivo de la promulgación de las conocidas Leyes de Burgos (1512), las cuales determinaban, entre otras cosas, que los indios eran libres y no debían ser despojados de sus bienes; pero, como vivían en condiciones bárbaras, había que enseñarles la verdadera religión. La guerra sólo podía justificarse (ser justa) si los naturales se oponían al Requerimiento, esto es, a la exposición de los justos títulos de la Corona que los capitanes de las tropas españolas debían leer a los caciques e indios de cada territorio para exigirles que reconocieran a las altas potestades de la Iglesia y la monarquía.⁷

A causa de la continuación del maltrato, entre 1515 y 1516, antes de la primera expedición a las costas de Yucatán, Francisco Jiménez de Cisneros y Bartolomé de Las Casas diseñaron un proyecto de gobierno teocrático para conferir mayor poder de intervención a las órdenes mendicantes y limitar los abusos de los encomenderos.⁸ Las denuncias habían surgido, no sólo del clero regular, también de civiles como el mismo Diego Velázquez, gobernador de Cuba, quien, además de acusar a Cortés por robar, destruir, quemar gente, cortar manos y narices, y sacar ojos, agrega su consentimiento

⁶ “Instrucciones de Hernán Cortés a los procuradores Francisco de Montejo y Alonso Hernández Portocarrero enviados a España”, vol. 1, pp. 77-85, en José Luis Martínez, Documentos cortesianos, 4 vols., UNAM/FCE, 1993.

⁷ *Recopilación de Leyes de los Reynos de Indias*, Porrúa, México, 1987, Vol. 5., p. XXXVI.

⁸ En un memorial redactado en 1515, Las Casas denuncia los agravios de los encomenderos a los indios antillanos. Unos meses después, en 1516, el cardenal Cisneros, quien ya ha recibido noticias de la mortandad indígena, le pide que redacte ahora un memorial de remedios donde proponga la manera de gobernar a los indios y tutelar su libertad. En el documento se plantea la fundación de comunidades indias libres que trabajen para sí y, del producto de ese trabajo, una vez cubiertas sus necesidades, “se asignen rentas a los cristianos que antes tuvieron dichos indios repartidos, a condición de que permanezcan” en las islas, pues de otro modo perderían el interés en la colonización. Los frailes fundarían así una teocracia cristiana pues gobernarían y supervisarían la correcta evangelización de la nueva población. Giménez Fernández, Manuel, *Bartolomé de Las Casas. Delegado de Cisneros para la reformación de las Indias (1516-1517)*, CSIC, Escuela Superior de Estudios Hispanoamericanos, Madrid, 1984, p. 126; Pérez, Joseph, *Cisneros, el cardenal de España*, Taurus, Fundación Juan March, Madrid, 2014, p. 172; Céspedes del Castillo, Guillermo, *Los Austrias. Imperio español en América*, vol. 3., p. 477 en Jaime Vicens Vives [dir.], *Historia social y económica de España y América*, 5 vols. Vicens Vives, Barcelona, 1988.

para que los indios coman carne humana. Denuncias bien fundadas pues ni el propio Cortés oculta este tipo de actos en sus escritos.

Dos de los resultados de las presiones de los religiosos, las Leyes Nuevas (1542) y las polémicas y discusiones en torno a la naturaleza del indio que desembocarán en las famosas Controversias de Valladolid (1550 y 1551), influirán en los acomodados y reacomodados del relato de la Conquista, y, por supuesto, en el relato de lo ocurrido en Cholula, como veremos a continuación.

Justificación del proceder

Veinte años después de la matanza de Cholula, en 1545, la relación de Andrés de Tapia, el soldado y capitán más cercano de Cortés, atribuye el enojo del conquistador extremeño con los principales cholultecas, y su decisión de ejecutarlos, a su deshonestidad, mentira y traición. De esta forma, libera al héroe de la gesta de ser un tramposo y engañador, conductas impropias de un caballero cristiano. Tapia aclara que, en efecto, murieron más de los esperados, pero fue porque ellos mismos habían cercado los patios y tomado las puertas. Los españoles enfrentaron gente de guerra y quemaron las casas, pero los tlaxcaltecas robaron y destruyeron la ciudad. Además, fueron los “sacerdotes del diablo”, cholultecas, quienes “subieron a lo alto de la torre del ídolo mayor” y ahí se dejaron quemar.

Por otro lado, Tapia incorpora una parte del mito de Quetzalcóatl que Cortés había empezado a confeccionar y dado a conocer en otra parte de sus Cartas. Este será un error que tendrán que corregir las crónicas posteriores porque, al sostener que el dios de los cholultecas, creador del sol y el cielo, no permitía sacrificios humanos, sino de codornices y otros animales de caza, y que vestía una túnica de fraile blanca cubierta con cruces coloradas, es decir, al recurrir a la anunciación de Jesucristo, un tópico que repetirá Bartolomé de Las Casas con las mismas palabras en su *Historia de las Indias*, la religiosidad de los indios ya no corresponde con la pecaminosidad que se les atribuirá más adelante para justificar la violencia conquistadora.

El comportamiento de los invasores y la reacción de los cholultecas son asuntos de primera importancia en los relatos de la Conquista de México, porque en función de ellos la Corona española evalúa las mercedes o recompensas y los honores que deberá conceder a cada uno de los participantes en la expedición. Esto explica la indecisión que se observa en los textos de Bernardino Vázquez de Tapia, pues en 1542-1546 habla de Cholula como el lugar donde Cortés empleó una “crueldad inaudita”, “sin que mediaran razones, encerró a cuatro o cinco mil indios en el patio del templo” y los masacró; pero antes, en la relación de méritos y servicios de 1529, ha afirmado que atacó cuando supo de la amenaza de los mexicas en las cercanías Cholula.⁹

⁹ Vázquez de Tapia, Bernardino, “Relación de méritos y servicios del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia, vecino y regidor de esta gran ciudad de Tenexitlan”, pp. 471-491. *Los cronistas: conquista y colonia*, México, Patria, 1991, p. 484.

En su *Historia General de las Indias*, concluida en 1552, el clérigo admirador de Hernán Cortés y aspirante a Cronista Mayor de Indias, Francisco López de Gómara, un testigo no presencial de los hechos, desaprueba la codicia de los conquistadores, pero reconoce sus méritos y privilegios, para lo cual retoma sus conversaciones con Cortés¹⁰, sus *Cartas de relación*, la Relación de Tapia, y algunas otras informaciones orales a las cuales tuvo acceso. Su reinterpretación de los hechos ocurridos es bastante libre. Por ejemplo, se adueña del apunte de Tapia donde dice que los cholultecas eran mercaderes, lo cual significaba que “mostraban un corazón y tenían otro”¹¹ e incorpora clichés de origen castellano. Según Gómara, el conquistador es sagaz, astuto y calculador, pero no mañoso y embustero como han difundido los velazquistas y los frailes dominicos. Son las malas conductas cholultecas, sus inclinaciones a la traición, el engaño y la burla, la justificación principal de la matanza, pues, entre otras situaciones, cuando el extremeño externa su voluntad de salir de la ciudad a falta de alimentos, los indios se sonríen y entre dientes se preguntan para qué quieren comer los españoles, si son ellos quienes van a ser “cocidos en ají”. Y añaden que si Moctezuma no los quisiera para su plato, “aquí ya nos los hubiéramos comido nosotros”.¹² ¿De dónde obtiene el clérigo esta información o esta traducción? Es una incógnita. Lo evidente es la vulgarización y desacralización de la antropofagia, acompañadas de un sentido del humor y burla propios de la Castilla del siglo XVI, lo cual no corresponde con las culturas mesoamericanas. Es uno de los muchos inventos de Gómara o de “sus informantes” que él añade inconsideradamente.

En la historia de este aspirante a cronista real aparece algo no relatado por Cortés ni Tapia: el sigiloso ahogamiento ordenado por el capitán extremeño de un principal tlaxcalteca por estar involucrado en la trama cholulteca. Según Tapia, esto lo comunicó a Pedro de Alvarado la india que los tlaxcaltecas le habían entregado antes.¹³ ¿Es algo que Tapia le contó a Gómara? No sabemos, pero el hecho enfatiza algo dudoso: la vertiginosa velocidad con la cual una tlaxcalteca se convierte en fiel servidora de un conquistador. En cambio, es plausible la manera poco notoria empleada por Cortés para eliminar a sus enemigos. Ambos casos no modifican la esencia de lo ocurrido en Cholula; tampoco lo introducido por Tapia y retomado por Gómara en relación con la figura de Quetzalcóatl, a la cual también atribuye elementos premonitorios de Cristo; lo cual denota el interés del clérigo por abordar los asuntos religiosos. Para él, Quetzalcóatl es el dios del aire, virgen, gran penitente, “instituidor del ayuno, del sacar sangre

¹⁰ Desde 1529 Cortés y Gómara conversaron varias veces. Gómara también lo hizo con otros testigos presenciales de la Conquista de México, sin embargo, en su obra no aporta grandes modificaciones al relato “adecuado” que, por lo visto, Cortés repetía de memoria y así también sus biógrafos. María del Carmen Martínez Martínez, “Francisco López de Gómara y Hernán Cortés: nuevos testimonios de la relación del cronista con los marqueses del Valle de Oaxaca”, *Anuario de Estudios Americanos*, 67, 1, enero-junio, 2010, pp. 267-302, Sevilla (España), 2010.

¹¹ Tapia, Andrés de, “Relación de algunas cosas de las que acacieron al Muy Ilustre Señor Don Hernando Cortés Marqués del Valle, en la Nueva España” pp. 437-470. *Los cronistas: conquista y colonia*. Patria, México, 1991, p. 456; López de Gómara, Francisco, *Historia General de las Indias y vida de Hernán Cortés*, 2 vols., Ayacucho, Caracas, 1979, vol. 1, p. 89.

¹² Gómara, íbid

¹³ *Ibid*, p. 88.

de lengua y orejas” y de los sacrificios de aves en lugar de humanos, esto es, Gómara, como buen cristiano, presagia la “verdadera” religión.¹⁴

El momento de publicación de la obra de Gómara (1552) es decisivo para analizar su historia, ya que dos años antes, entre 1550 y 1551, habían tenido lugar las Controversias de Valladolid entre Juan Ginés de Sepúlveda, el representante del bando cortesiano y el partido de los encomenderos, y Bartolomé de Las Casas, el representante de las órdenes mendicantes y el partido de los evangelizadores. En estas discusiones, el problema de la idolatría, la práctica del sacrificio humano, la antropofagia y los pecados nefandos cometidos por los amerindios ocupa el lugar central porque es la justificación de la guerra y de las políticas a implementar por la Corona. Ambos coinciden en lo inaceptable de dichas prácticas y para ambos es un indicador de la ignorancia de los pobladores de las nuevas tierras y del derecho de España de apropiarse de los recursos, someter a los naturales, e imponerles nuevas leyes, gobierno y religión. Sin embargo, Las Casas elimina la posibilidad de que tales pecados se confundan con crímenes o asesinatos cometidos por pueblos bárbaros, ya que, para él, los indios son racionales, viven con orden y policía y, sobre todo, poseen una enorme religiosidad que los potencia para transformarse en buenos cristianos y alcanzar la salvación. Para “el protector de los indios” lo ocurrido en América confirma el plan de la revelación divina. Por el contrario, para Sepúlveda los pecados de la carne denotan la irracionalidad indiana y la superioridad hispana.

Entre 1552 y 1562, Las Casas escribe la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, la obra que sustentará la *leyenda negra* difundida por Inglaterra, Francia y los Países Bajos, es decir, que servirá para acusar al Imperio español por la hipocresía y la crueldad de sus soldados, sus alianzas con el papado y sus ambiciones universalistas. En la *Brevísima*, la matanza de Cholula ocupa un lugar central como una decisión de los españoles para “sembrar su temor y braveza en todos los rincones de aquellas tierras”, porque esta fue siempre su determinación: “hacer una cruel y señalada matanza porque tiemblen dellos aquellas ovejas mansas.” En la versión del dominico, la trampa preparada por Cortés presenta variantes: “él manda llamar a todos los señores y nobles de la ciudad y de todos los lugares a ella sujetos” y, conforme van llegando, los va apresando con todo sigilo. Además, les pide cinco o seis mil indios para que carguen los bastimentos de la expedición. A todos los mete en el patio de las casas (no queda claro cuál patio puede tener una dimensión tan grande), los pone en cuclillas, “como unos corderos muy mansos, todos ayuntados y juntos” y, sin dejarlos salir, ordena su masacre. “A cabo de dos o tres días —cuenta Las Casas— salían muchos indios vivos llenos de sangre, que se habían escondido y amparado debajo de los muertos”. A los señores que tenían atados “los quemó vivos en palos hincados en la tierra”. El rey cholulteca pudo soltarse, se defendió en el templo fortaleza, pero los españoles prendieron fuego y allí lo quemaron junto con otros. Para abonar más elementos a la crueldad, el fraile narra que, al tiempo que les metían la espada a los cholultecas, el capitán de los españoles cantaba:

Mira Nero de Tarpeya
a Roma cómo se ardía.
Gritos dan niños y viejos
y él de nada se dolía.”¹⁵

Relatos similares, de excesos e inhumanidad, reproducirá Sahagún y, en adelante, quienes se inclinan por ver en los vencidos a víctimas indefensas. Pero en realidad no es claro si los cholultecas fueron muchos o pocos, si se defendieron o no y, si había sacerdotes con facultades como gobernantes y, si eran muy religiosos, cómo se relacionaban, con qué diosas y dioses, etcétera. ¿Por qué los cronistas no describen algún rito, en particular los ritos asociados a la guerra y la adivinación? Falta que las descripciones se compulsen con lo narrado antes y después y, sobre todo, con la geografía y la arqueología del sitio. ¿A qué se refieren las crónicas cuando hablan de la ciudad de Cholula?, ¿estaba cercada?, ¿era más bien un centro sagrado y las aldeas dispersas se ubicaban a su alrededor?, ¿estaban las casas alineadas en calles que se podían cerrar?, ¿en qué habitaciones pudieron haber cabido cien principales y en qué patios cinco o seis mil indios (o, si no atendemos a las cifras, gran cantidad de indios) juntos en cuclillas? Aunque los españoles llevaban espadas y, suponemos que caballos y armas de fuego también, ¿cuántos soldados se necesitaron para controlarlos y matarlos? ¿Dónde se ubicó el templo fortaleza? Pero, sobre todo, si los de Moctezuma acechaban en un paraje cercano, ¿por qué no intervinieron?

Solo Alonso (Francisco) de Aguilar habla de los capitanes mayores. Este fraile, quien había sido soldado de la compañía de Cortés, escribe una breve relación entre 1560 y 1569, a la edad de 80 años y enfermo. Con el deseo de pasar rápido la página de la matanza de Cholula, justifica al capitán general porque, tras cinco días de haberles suplicado a los cholultecas que les llevaran alimentos, éstos no reaccionaron. No obstante —nos dice Aguilar—, Cortés fue víctima de los capitanes y nobles de su ejército pues “lo importunaron tanto con requerimientos” que se vio forzado a matar a los indios; pero solo a aquellos que les llevaban agua y leña: “dos mil poco más o menos”. Aguilar agrega cómo a algunos no les pareció bien esta decisión¹⁶, y más adelante, a manera de compensación, destaca cómo, en su avance hacia Tenochtitlan, ningún soldado se desmandó, ninguno tomó algo ajeno ni cometió algún desaguisado. Por eso Cortés no fue castigado, porque en eso “puso mucha diligencia y cuidado de llevar a sus soldados muy disciplinados”. Además (como si la compañía fuera una comunidad franciscana), todos estaban hermanados y entre ellos “no había rencillas ni motines ni otra desvergüenza alguna”.¹⁷ Hechos y conductas cuya falsedad evidencia el mismísimo capitán general.

¹⁴ Ibid., pp. 91-93.

¹⁵ Las Casas, Bartolomé de, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Ediciones de la Universidad de Antioquía, Medellín (Colombia), 2011, pp. 57-58.

¹⁶ Aguilar, Francisco, *Los cronistas: conquista y colonia*. Patria, México, 1991, p. 416.

¹⁷ Ibid., p. 417.

La “pecaminosidad indígena” en el centro de la escena

A la luz de la propagación de la mala imagen de los conquistadores dentro y fuera de España, y a diferencia de las crónicas anteriores, otro soldado y testigo ocular de la Conquista de México, Bernal Díaz del Castillo, en su obra, *Historia verdadera de la Conquista de México*, corregirá inconsistencias y explicará situaciones contradictorias y aclarará confusiones, aunque caiga en otras.

Este soldado vallisoletano coloca como centro y justificación mayor de la matanza de Cholula la pecaminosidad indígena condensada en el estereotipo del indio que se ha difundido por toda Europa (sacrificios humanos, antropofagia, sodomía y otras torpezas). Como es su costumbre, Bernal recuerda que las decisiones de la compañía conquistadora se toman en conjunto y los soldados deciden avanzar hacia Tenochtitlan por Cholula, a pesar de las advertencias tlaxcaltecas de la traición preparada por los cholultecas. La obsesión por llegar a Tenochtitlan la justifica por los continuos regalos de oro, plata y piedras que les ha enviado Moctezuma desde que pusieron el primer pie en la nueva tierra: Moctezuma “nos cebaba con oro y presentes”, afirma.¹⁸ Es decir, no oculta la ambición por conseguir pronto la riqueza que encierra la ciudad imperial que en su imaginación los conquistadores han estado construyendo aunque, hasta este momento, no cuenten con indicios reales de tal grandeza.

Bernal asegura que los mensajeros de Moctezuma se preguntaron ¿cómo habían podido estar los españoles tantos días entre aquellos tlaxcaltecas pobres y sin policía? Así muestran sus celos por la amistad entablada con ellos y, aún más, por el inicio de relaciones de parentesco debido a las indias entregadas “como esposas” a los capitanes de Cortés.¹⁹ No es claro por qué los españoles no confían en los tlaxcaltecas y toman la decisión de meterse en una ciudad cuyos habitantes son amigos de los más poderosos. Una posible explicación es que, en realidad ocurrió otra cosa que vale la pena repetir: los españoles emplean la vieja estrategia de liquidar primero a todos los caciques, principales y sacerdotes tlaxcaltecas (y, probablemente quienes los dirigen no saben informar), como fue costumbre en las Cruzadas, en las conquistas de las islas Canarias y el norte de África y en la Reconquista de la península ibérica.

Tras cincuenta años, pues su obra se publica en 1568, Bernal logra recomodar mejor el relato, así como llenar lagunas dejadas por Cortés, Tapia y Gómara. Al mismo tiempo, trata de cerrarle el paso a la visión de los frailes, pues es muy inconveniente para la probanza de méritos, el objetivo central de su trabajo. Aclara que los cholultecas no permitieron que los tlaxcaltecas armados entraran a la ciudad y asegura que los rechazaron porque sabían que hablaban mal de ellos²⁰, algo que en términos caballerescos, cristianos y castellanos significa que han manchado su reputación. Así, los tlaxcaltecas

se quedan en el campo y quienes entran a la ciudad (en realidad, al centro ceremonial) son únicamente los españoles, los zempoaltecas y los tlaxcaltecas que llevan la artillería²¹, algo que resulta más lógico, aunque tampoco muy creíble.

Como buen soldado de Cortés, Bernal cuida más las formalidades y los protocolos. Introduce el episodio del requerimiento que formula Cortés antes de entrar a Cholula (al cual estaba obligado y “se le olvidó”) y, al mismo tiempo, modifica la imagen de los cholultecas para rebatir a Las Casas y a otros asegurando la pecaminosidad de los indios. Resulta entonces crucial un pasaje no narrado antes: Cortés les notifica y manda “que no adoren ídolos, ni sacrifiquen hombres ni coman de sus carnes, ni hagan sodomías ni otras torpezas”, y se sometan a su majestad. O sea, subraya su paganismo y, de esta forma, escapa del ámbito de la guerra para entrar al ámbito de la justificación de la guerra santa. Por tal razón afirma que ellos aceptan obedecer al rey, pero no abandonar sus teules (dioses).²³

La estrategia discursiva de este cronista es coherente, ya que a lo largo del relato dedicado a Cholula insiste en algo que no consta en Cortés: el conjunto de pecados de la carne son la piedra de toque para justificar acciones que de otro modo en España hubieran sido reprobadas. Quizás por eso, en esta parte de su obra, Bernal borra la referencia a Quetzalcóatl. Se da cuenta de que un dios “bondadoso” como este resulta contradictorio y no viene al caso aquí. En cambio, ya prepara la crueldad de los culhúas con la mención de Tezcatlipoca y Huitzilopochtli, de sus banquetes de muslos, piernas y brazos humanos, y de las redes llenas de indios “a cebo, para sacrificar y comer sus carnes”.²⁴

El vallisoletano procura restar responsabilidad a los cholultecas, pero no descuenta su traición, la cual motiva a la hueste cortesiana a darles su merecido.²⁵ Por otra parte, como se ha dado cuenta del protagonismo que en toda la conquista deben tener Marina y Gerónimo de Aguilar, a quienes Cortés apenas menciona para cancelar la posibilidad de que existan problemas de comunicación entre naturales e invasores, hace ver que Marina no solo ha aprendido español en tres meses (de julio a octubre de 1519), pues se comunica directamente con Cortés, sino que es una maestra en el arte del disimulo (una práctica propia de la nobleza de las cortes medievales que difícilmente corresponde a los mesoamericanos). Por eso, la vieja india que le rebela a Marina lo que los cholultecas traman hacer con los españoles “todo se lo creía”; mientras la lengua de Cortés, Marina, “como lo oyó, disimuló con la vieja”.²⁶

Marina entra al relato de Bernal como la mediadora que hace falta para facilitar la justificación de la actuación de unos y otros. Así, ante la certificación de las intenciones

¹⁸ Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, Alianza, México, 1991, p. 209.

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ *Ibid.*, 213.

²¹ *Ibid.*

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*, 214.

²⁴ *Ibid.*, 225.

²⁵ *Ibid.*, 218.

²⁶ *Ibid.*, 220.

cholultecas de sacrificar a veinte españoles a sus ídolos y de matar al resto, Cortés, con ella a su lado, puede reclamar a los papas y caciques por qué los quieren matar: ¿qué les hemos hecho aparte de amonestarlos para que no sigan sacrificando humanos y comiendo sus carnes, cometiendo sodomías y otras torpezas? O sea, subraya la justificación central de la próxima matanza.²⁷ De nuevo, los conquistadores se ven obligados a ejecutar a muchos y quemar vivos a otros, pero son los tlaxcaltecas (los bárbaros), quienes roban y aprisionan sin poderlos detener. Después, lo harán en otras batallas para corroborar su irracionalidad. Los sobrevivientes ruegan a Cortés ser perdonados. Él lo hace, los vuelve amigos de los tlaxcaltecas, nombra a su gobernador (algo nuevo y necesario para darle la calidad de adelantado), los conmina a abandonar los pecados de la carne y les da a conocer la cruz cristiana.

La interlocución de Bernal con Las Casas queda comprobada al final de este capítulo, porque, como “testigo ocular” lo reprueba y afirma que si no hubieran aplicado tal castigo: “nuestras vidas estaban en peligro”. Además, indica, este castigo ejemplar fue muy acertado no solo para los cholultecas sino para todos los indios de Nueva España²⁸, lo cual debe tomarse en serio porque explica un momento culminante de la trayectoria de la compañía militar, la cual, desde su llegada a las costas de Tabasco se propuso aterrorizar al enemigo para facilitar la toma de la gran ciudad.

La denominada matanza de Cholula fue para Las Casas y el partido de los evangelizadores un hecho innoble, porque los cholultecas estaban desarmados y eran inocentes. Para los cortesianos y el partido de los encomenderos, en cambio, fue un correctivo debido a los malos usos y costumbres indígenas, en especial, sus pecados. En la primera interpretación no existe intención alguna de averiguar “la realidad de los hechos”, porque no habían llegado los tiempos de buscarla, sino de suavizar o borrar las prácticas religiosas indígenas para inculturar la fe como medio de conversión al cristianismo. En la segunda interpretación, tampoco se intenta narrar lo ocurrido sino subrayar que, por una u otra razón, los indios son siempre los culpables, de ahí que siempre se arrepientan, pidan perdón y se conviertan en vasallos del rey de España en su camino a la evangelización.


En suma

Si leemos con atención y en orden cronológico las fuentes de los actores y testigos oculares de una parte de la Conquista de México (Cortés, Tapia, Vázquez de Tapia, Francisco de Aguilar y Bernal)²⁹, y agregamos a Sepúlveda y Gómara como testigos no presenciales, pero del mismo partido de los encomenderos, nos percatamos de su complicidad: todos defienden la actuación de la hueste conquistadora y sobre todo la de su capitán general, aún en las embestidas más cuestionadas como la que desencadenó

la matanza de Cholula en el otoño de 1519. Es evidente que esta complicidad incluye acuerdos para enfatizar lo conveniente y loable, y silenciar lo inconveniente y vergonzoso; esto es, por lo menos desde la fundación del cabildo en la Villa Rica de la Vera Cruz, el relato se colectiviza en tanto todos temen a su capitán general y/o están interesados en obtener oro, mercedes y cuidar su honor.

Como he intentado presentar antes, lo acaecido en Cholula, descrito en la segunda carta cortesiana, es la primera fuente y la única, si observamos cómo todos la toman como base y guía. Las variantes corresponden a respuestas a sus distintos contextos, porque en todos los casos, los relatos de la Conquista se acomodan y reacomodan a las circunstancias y a los cambios de los receptores que pertenecen a la corte, el Consejo Real y el Consejo de Indias. Pero los frailes franciscanos y dominicos proceden a la colectivización de los relatos también. Las Casas, Motolinia, Mendieta, Sahagún y Durán, testigos no presenciales, escriben sus crónicas con fuentes de segunda mano, con testimonios de informantes que supuestamente vivieron los hechos, aunque, si fue así, lo hicieron cuando eran niños o desde zonas donde no los presenciaron directamente sino que les contaron (por ejemplo, los tlaxcaltecas no pudieron observar lo que pasó en Cholula); y también con base en lo sostenido por indios cuya cristianización había distorsionado su pasado. El interés de estos religiosos fue dejar asentadas las conductas cristianas indígenas, *avant la lettre*, como forma de justificar la preeminencia de los religiosos sobre los civiles en el cuidado y la educación de los neófitos.

Una y otra interpretaciones se han impuesto en la historiografía contemporánea, o bien se han reunido para construir una “versión conciliadora” o “la historia oficial”, a partir de una selección conveniente de fragmentos de los relatos. Un caso es *La historia de la Conquista de México* de Hugh Thomas³⁰, donde este historiador procede por acumulación, esto es, incorpora acontecimientos de crónicas de distintas épocas, mezcla las que corresponden a testigos presenciales con las que no lo fueron, y alcanza una síntesis “erudita” que no evalúa los niveles de veracidad y falsedad de las fuentes (verosimilitud, plausibilidad, posibilidad, etcétera).

A falta de un estudio profundo de los restos materiales (arqueológicos) de los pueblos prehispánicos, la versión de la Conquista de México sigue impregnada de inconsistencias y contradicciones, y la historia prehispánica oscurecida por aquellos elementos cristianos e hispano-medievales que desde el siglo XVI le asignaron los cronistas civiles y evangelizadores. Esto quiere decir que de Cholula y su centro ceremonial y sagrado; de los cholultecas y sus usos y costumbres; de la matanza de Cholula y otros hechos decisivos de la Conquista de México sabemos muy poco o casi nada. 

²⁷ *Ibid.*, 221.

²⁸ *Ibid.*, 226.

²⁹ En parte, porque los testigos no son oculares de todos, sino de algunos hechos, ya que no vivían pegados a Cortés. A pesar de ello, no narran (¿o no se atreven a narrar?) hechos distintos de los que él consigna.

³⁰ Hugh, Thomas, *La Conquista de México. El encuentro de dos mundos, el choque de dos imperios*, Barcelona, Planeta, 2000.